

- Roig, A. A. (1981). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Samper, José. (1969) *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispanoamericanas)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Siegemann, G. (1986). «Modelos de identidad y Novela Nueva». En Saúl Yurkievich (ed.), *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura* (28-35). Madrid: Alhambra.
- Villegas, J. (2005). *Historia multicultural del teatro y las teatralidades en América Latina* (1ª ed.). Buenos Aires: Galerna.
- Yurkievich, S. (1986). «Sobre identidad cultural y sus representaciones literarias». En Saúl Yurkievich (ed.), *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura* (3-8). Madrid: Alhambra.

Problemas de la historia regional y las alternativas de una historia comparada en las historias de la literatura latinoamericana*

Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Profesora Asociada
Universidad Nacional de Colombia

Las lecturas historiográficas

QUIZÁS, EL MAYOR ATRACTIVO de escribir historia de las historias de la literatura está en que remite a dos intereses que amplían el horizonte de los estudios literarios a los asuntos propios de la temporalidad: en primer lugar, permite pensar en cómo se dan las diversas formas o cambios de la experiencia colectiva del tiempo y, en segundo lugar, abre la posibilidad de reflexionar sobre cómo se construye la noción de literatura según el cambio en la noción de temporalidad. Así, la lectura historiográfica permite interrogar no sólo el carácter propio de las historias, sino exige ubicarse frente a la literatura, convirtiéndose así el investigador en un doble lector.

De esta manera, hacer historia, sea literaria o sea de la historia, remite a los problemas y complejidades, varias veces señalados, entre historiografía, memoria y sociedad. Es ubicarse en un horizonte en el que se interroga la labor que consiste en pensar el

* Para el desarrollo de esta investigación conté con la colaboración de Diana Mantilla, estudiante de la Maestría en Estudios Literarios, quien participó en la recolección, selección, reseña y acertados comentarios sobre el material y el proceso de investigación.

pasado, darle una forma, una narrativa, y la función que cumple el discurso de la historia en una sociedad en la que están presentes la actitud del historiador y su responsabilidad. En este sentido, para la historiografía, tratar de comprender en qué horizonte se ubicó el historiador es una pregunta que da sentido a sus prácticas y a sus discursos.

En las historias de la literatura latinoamericana, las coordenadas del tiempo y del espacio se fusionan de manera indisoluble en la opción por una región particular. Es necesario pensar una temporalidad de lo literario, llámese forma, obra, artefacto o campo, teniendo presentes, al menos, estos dos factores que, a la vez, han sido centrales para los historiadores en su preocupación por lo «latinoamericano», —iberoamericano, americano, hispanoamericano, panamericano—. El cambio de la mirada sobre la espacialidad participa de la concepción de regiones o áreas que permiten, a su vez, solucionar múltiples interrogantes históricos: la diversidad frente a la unidad, la periodización y la caracterización de su objeto, la literatura.

A la vez, al pensar lo regional, la espacialidad construida por la temporalidad y viceversa, se está dando una función social a la historia como conocimiento en el que las sociedades se relacionan con su pasado¹. El problema de la actitud historiográfica es resuelto por una toma de posición frente al problema regional, una vez se asume una determinada perspectiva sobre cómo debe escribirse la historia: la comparación es la opción que buena parte de los historiadores proponen como la más acertada. La doble propuesta desde la construcción de regiones o áreas culturales y la opción por la historia comparada de la literatura latinoamericana es el asunto que merece ser presentado a continuación.

Previamente, es necesario hacer tres precisiones. En primer término, frente a la preocupación sobre cómo escribir una historia de la literatura, se presentan, en el caso latinoamericano, al menos, tres tipos de textos, tipos que no siempre están claramente dife-

renciados, bien sea por su propio carácter, porque un mismo autor se desliza por varios de ellos, o porque el propio quehacer los ubica en un mismo propósito, pero con un énfasis particular en la perspectiva metodológica con que se aborda el problema. Me refiero, por una parte, a las historias de la literatura; por otra, a los textos que tienen como interés la pregunta por cómo se piensan las historias de la literatura latinoamericana como proyecto, y, por último, a las lecturas historiográficas o a los trabajos que hacen una revisión sobre la escritura de estas historias. Discursos de los tres tipos estarán presentes en este estudio.

En segundo término, surge una preocupación que persigue regularmente toda investigación historiográfica y es buscar la manera de no caer en un trabajo fundamentado en la descripción de las múltiples historias, hacerse descriptivo y clasificatorio, pero, a la vez, evitar la intensión totalizadora y englobante. A partir de este propósito, es posible, entonces, realizar una pregunta sobre cómo se ha pensado la relación entre la historia comparada de la literatura latinoamericana y las formas de proponer lo regional desde las historias de dicha literatura, pregunta dirigida a los problemas más que a las obras particulares.

La última precisión. Aunque no es objeto de este texto, al menos, de manera directa, es necesario señalar que, en la preocupación por lo latinoamericano, en nuestro caso y probablemente en los anteriores, están presentes las diversas discusiones sobre el desarrollo político de su concepto, en última instancia, sobre las pertinencias de su reformulación en su carácter como región o como proyecto, sobre la implicación de esta como espacialidad caracterizada por unos rasgos de diferenciación en la que estarán activos, entre muchos otros, temas como el regionalismo latinoamericano, en sus diversas vinculaciones nacionales como forma de enfrentar la globalización, la integración y el problema actual de las fronteras culturales².

² El tema de las fronteras culturales ha sido ampliamente desarrollado, por ejemplo, en el artículo de José Manuel Arce, «Desplazamientos y fronteras: representaciones fronterizas y nuevos desafíos para América Latina» (2008).

¹ Véase el libro de Renán Silva, *A la sombra de Clio. Diez ensayos sobre historia e historiografía* (2007).

La alternativa a la historia nacional

Aunque suene paradójico frente a las discusiones contemporáneas, la lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana siempre ha estado ubicada en su interés por lo nacional; y digo paradójico, en tanto parecería que, al retornar a la pregunta por lo latinoamericano, esta tiende a bosquejarse en oposición a lo nacional o, al menos, en una crítica a las historias que han asumido lo nacional como objetivo central o en su búsqueda como principio rector. Es así como, en la lectura de las historias de la literatura latinoamericana que propongo a continuación, se ha manifestado la tentación de analizar la presencia de lo nacional o, más bien, la presencia de las literaturas nacionales en las historias de la literatura latinoamericana, como también la tensión entre las maneras de hacer historia unas y otras.

Como ya había señalado en otra oportunidad, la delimitación de lo nacional en las historias de la literatura, al menos, colombianas, se asume sin tropiezos, sin mayores cuestionamientos sobre su propia concepción. De allí surge la necesidad de abordar la manera como se da la triple relación entre historia, región y literatura (Acosta, 2007). En varias oportunidades, la propuesta sobre la región, en el caso nacional, preside la decisión sobre lo literario: un río, un departamento, una ciudad, una raza o una región geográfica sirve a los historiadores de la literatura como criterio de selección y delimitación de un espacio que permite hacer presente la existencia de un corpus y que delimita las formas de periodización a través del cual se construye.

Si bien el interés sobre la región antecede la propuesta de lo literario, este, a su vez, se encarga de configurar, caracterizar y legitimar la región. El énfasis en lo local ratifica el carácter fundacional de la literatura, que contribuye a la consolidación histórica de un territorio como región, la cual, generalmente, está determinada por una periodización que se mantiene bajo los parámetros de la tradición, realizada en varias oportunidades por sucesos determinantes para el desarrollo de la colectividad nacional. Si bien las historias de la literatura ubican inicialmente la región frente a lo literario y buscan darle una importante participación como ele-

mento fundacional, no por esto, en la presentación de las historias o en su justificación, se deja de asumir la literatura como expresión diferenciada de otros discursos. Los historiadores hacen explícitas las limitaciones frente a su objeto, en la búsqueda por ampliar el canon nacional.

El panorama anterior permite bosquejar algunas diferencias con lo que ocurre en el caso de nuestro interés. La tensión entre lo nacional y lo latinoamericano es presentada por Patricia D'Allemand (2003: 79), en su estudio sobre los proyectos elaborados por Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar y Alejandro Losada, autores que «señalan la posibilidad de escribir una historia literaria y cultural de América Latina con métodos y conceptos teóricos que consideran la especificidad de los procesos históricos de la región» (82). Así, la problematización de lo nacional es presentada por Rama en la perspectiva «transculturadora»; en Losada, desde las categorías de praxis social y densidad de los procesos socioculturales; y en Cornejo, en el concepto metodológico de totalidad contradictoria.

La tensión había sido resuelta anteriormente por Ángel Rama desde otra perspectiva. En su trabajo de 1972 sobre *La narrativa de Gabriel García Márquez. Edificación de un arte nacional y popular*, daba cuenta del problema que implicaban las tensiones entre lo nacional y lo latinoamericano, indagando cómo, a partir del estudio de un autor, un grupo o una escuela, se pueden descubrir los términos de un proyecto cultural perfectamente delimitado y su progresiva elaboración a través de diversas etapas históricas (1991). Esta indagación exige la presencia de áreas culturales independientes, más amplias, que desbordan lo nacional, pero que, a la vez, interrumpen lo hispanoamericano como un concepto unitario que desconoce las particularidades de cada proyecto, formulando así, de manera explícita, la necesidad de ver en los rasgos de la región, como el más propio y singular, la fragmentación. Se presenta la realidad hispanoamericana como la relación de áreas culturales independientes con rasgos concretos, conformadas por diversos complejos culturales. Las investigaciones lo llevarían a proponer áreas específicas de marcada diferenciación con las divisiones administrativas de los países, como las del Caribe y el Tahuantisuyo, entre

otras, la primera, centrada en la obra de Gabriel García Márquez y, la segunda, conformada por el área andina, en la que, frente a la preocupación por las formas de transculturación, Rama centrará su análisis en la figura de José María Arguedas en *Los ríos profundos*.

Es importante señalar que, pocos años después, en 1979, era publicado el proyecto de la Unesco, *América Latina en su literatura*³, el cual, como se señala en su prefacio, buscaba comprender el estudio de las culturas de América Latina superando la visión atomizada, producto de las historias nacionales, para comprender la existencia de zonas más amplias, lo que permitiría ver el impacto de la región cultural sobre la región universal y la indeterminación concreta de los factores que la configuran. Los colaboradores de la obra partían de un criterio eminentemente particular, dado por su carácter nacional, pero en proyección hacia el conjunto posible de lo latinoamericano. El proyecto surge de la certeza, propia de su momento, en la que se considera América Latina como la posibilidad de una serie de acciones que determinarán su carácter frente al mundo: la explosión demográfica, el subdesarrollo que amenaza en convertirse en explosión política y, como consecuencia, la explosión cultural. César Fernández, el coordinador de la obra, en la pregunta sobre qué caracterizaba a América Latina, concluyó la necesidad de considerar su unidad como hipótesis, más que como una realidad, y de allí emprender el proyecto.

A diferencia de lo que ocurre en las historias nacionales latinoamericanas, el asunto de la delimitación del canon o del corpus, en la inquietud por configurar una región, aparece ubicado, más en el investigador, que como un hecho dado de antemano. Podría decirse

3 En la conferencia general de la Unesco en París, 1964, América y el Caribe fueron divididos en subregiones: 1) México, América Central y Panamá; 2) Cuba, República Dominicana, Haití y demás Antillas; 3) Colombia y Venezuela; 4) Bolivia, Ecuador y Perú; 5) Brasil; 6) Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay. Al respecto, se hicieron dos aclaraciones: la división no correspondía a una opción administrativa, sino a un método para la ejecución del proyecto; otros territorios del continente americano donde se desarrolle una cultura de tipo latino deben ser estudiados, así no aparezcan como parte de una región de América Latina señalada por la Unesco (1972: 1).

que pensar la región es un problema conceptual, metodológico, lo que no implica que se abandone su carga fundacional. El proyecto evidencia, entonces, la necesidad, dada por parte de los historiadores de finales del siglo pasado, de proponer, en la conciliación entre la literatura y lo regional, una mirada ubicada en la comparación. Integrar la opción de ampliar el concepto de historia de la literatura más allá de las áreas nacionales y reconocer una necesidad comparativa por parte de los historiadores de la literatura latinoamericana, en la aproximación al carácter heterogéneo de dicha literatura, resuelve el problema de la tensión entre unidad y diversidad.

Así lo expresaba Ana Pizarro, tras concluir la reunión de Río, en la compilación *La literatura latinoamericana como proceso* (1985), al señalar como fundamental para la historia de la literatura latinoamericana el trabajo comparado: concentrado en la pluralidad de unidades culturales, en las diferenciaciones culturales y lingüísticas, y en la percepción de un continente de estructura social y económica dependiente, que genera relaciones específicas de apropiación cultural de literaturas metropolitanas. Comparte así, con Carlos Rincón y varios de sus contemporáneos, el carácter comparativo como la forma ideal del estudio historiográfico y la preocupación por la comparación se hace permanente en sus proyectos.

El problema de los mapas, las cartografías y las fronteras culturales no va a estar ajeno a la distancia que se asume frente a lo nacional. El énfasis en lo cultural permitirá la elaboración de propuestas diferentes en las cuales se pondrá en cuestión el carácter sustancialista de la identidad y se profundizará en el problema de la alteridad, en el que, a la vez, la preocupación por la literatura será sustituida por la cultura, anteponiéndose a la preocupación por la especificidad de la historia de la literatura.

La diversidad frente a la unidad

Sin duda alguna, la obra de José Luis Martínez de 1979, *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana, seguida de la emancipación literaria de Hispanoamérica* (1979), es central, ya que propone los problemas a los que se ve abocada la historia de la literatura: la singularidad que unifica a Latinoamérica como

una unidad de naciones particulares que se expresa desde el siglo XIX en las dos tendencias «de ahondar en los rasgos distintivos nacionales, frente a la aspiración de conservar, si no la unidad que nunca existió, sí los rasgos que hacen de una comunidad Latinoamericana». De ahí las insistentes preguntas por parte de los intelectuales sobre la identidad, la originalidad y la naturaleza de su cultura que señala el propio Martínez, tras recorrer los trabajos de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y José de Vasconcelos, mostrando la preocupación por la unidad lingüística y literaria, el mestizaje cultural y los problemas de la síntesis americana como formas de unidad⁴.

Con el estudio de la unidad Martínez presenta el problema de la diversidad limitado por las arbitrarias divisiones históricas y geográficas nacionales, que marcan grandes diferencias y hacen incierta la necesidad de elaborar historias nacionales que suprimirían inútilmente la diversidad. Propone, a la vez, volver sobre el proyecto formulado por Germán Arciniegas, en una división que no tendrá mucho futuro en los historiadores, en el que la división regional no se da entre norte y sur, sino en la vertiente del Pacífico y vertiente del Atlántico. Nuevamente está aquí presente la necesidad de romper con las fronteras nacionales en la propuesta de identificar áreas culturales, creadas por «las distancias, los obstáculos físicos, las características geográficas, las composiciones étnicas y la historia» (23) y que permiten la formación de agrupamientos culturales y la existencia de zonas o épocas con mayor o menor densidad de un determinado estilo o forma literaria. Dado lo anterior, propone, en sentido amplio, tres grandes áreas, México y Centroamérica; el Caribe o las Antillas, y Sudamérica; pero, si se atiende más a las afinidades culturales que a las geográficas, propone pensar en: México; Centroamérica; Las Antillas; Colombia y Venezuela; los

4 «Hasta aquí, el resumen de algunas tesis y meditaciones más importantes acerca de la naturaleza y carácter de la cultura latinoamericana como unidad, principalmente acerca de la lengua y la originalidad de la literatura, el mestizaje cultural, el tiempo y la sensibilidad peculiares de la síntesis americana, y acerca de la situación histórica y el destino de la cultura de los pueblos» (18).

países andinos o de ascendencia cultural incaica (Ecuador, Perú y Bolivia); Brasil; y el Cono Sur (Argentina, Uruguay, Chile y Paraguay). También presenta la posibilidad de realizar una división a partir de criterios étnicos en la que las áreas serían,

llamando extensivamente mestizos a los pueblos en que se ha mezclado sangre indígena o negra con la ibérica, y criollos a los descendientes de europeos, los mestizos serían México, Centroamérica, las Antillas, los países andinos más Venezuela, en parte Colombia, y Paraguay. Brasil mestizo y mulato luso-indígena-africano, queda aparte. Y los criollos serían Argentina, Uruguay, Chile, y parcialmente Colombia. (Martínez, 1979: 24)

Además de la división de América Latina en zonas que toman los países como unidades, propone considerar también estratos verticales dentro de cada una de las sociedades, su participación para la vida de la cultura literaria y en donde podría pensarse una nueva división en áreas determinadas por espacios urbanos, los centros virreinales en la Colonia, México y Lima, o la prosperidad de finales del siglo XIX en Montevideo y Buenos Aires, por ejemplo.

Se puede plantear que las áreas propuestas por Martínez tienen en cuenta los ejes problemáticos de la reconfiguración geográfica, la afinidad cultural, los criterios étnicos y la movilidad histórica de dichas áreas, la centralidad de lo urbano y, por último, la dificultad que implica despojarse en su propuesta de los límites que implica lo nacional. Más reciente, en la preocupación por solucionar el problema de la diversidad y la unidad del objeto, a la vez que como una opción de periodización, está la propuesta regional de José Miguel Oviedo, en su vinculación entre la historia y la crítica como una opción para el lector actual de reconocer como un legado activo las obras y autores. Bajo el propósito de recoger textos y autores importantes que otorguen sentido histórico a la cultura latinoamericana, formula la necesidad de construir un nuevo mapa de regiones culturales en las que las literaturas nacionales no son procesos autónomos ni tampoco se ciñen a un espacio geográfico definido. Plantea así la existencia de cinco grandes regiones, respecto de las que parece inevitable referirse a naciones y «zonas

intermedias», en las que colindan y participan varios espacios nacionales, pero que, a la vez, permiten disolver de alguna manera las fronteras administrativas de la nacionalidad: la primera, la región rioplatense: Argentina y Uruguay —zona intermedia: Paraguay—; segunda, la región andina: Ecuador, Perú, Chile y Bolivia —zona intermedia: Colombia—; tercera, la región caribeña: Cuba y las Antillas —zona intermedia: Venezuela—; cuarta, la región centroamericana —zona intermedia: Guatemala—, y quinta, la región mexicana (1995: 24-25). La regionalización propuesta no acepta divisiones como las de incluir naciones en zonas aceptadas de antemano, como la zona andina y el Cono Sur, y permitirá caracterizar las zonas en el periodo colonial cuando aún no se han dado las conformaciones nacionales.

La región se configura en la preocupación historiográfica sobre la delimitación del área de lo que podría denominarse los paradigmas lingüísticos y geográficos ampliamente desarrollados durante el siglo xx y que han mantenido su presencia en algunas historias contemporáneas, persistentes, sobre todo, en las de carácter pedagógico. A la preocupación lingüística y geográfica, como se ha visto, Martínez y Oviedo sumarán la étnica. En *América Latina en su Literatura*, donde además había aparecido el artículo central de Martínez sobre la unidad y la diversidad (1972), César Fernández bosquejó el problema en la enunciación del nombre de América Latina: América como algo impreciso en lo que está presente su diferencia con Europa, como parte del cuarto anillo de su expansión, lo que contribuye, a la vez, a hacer más perceptibles las diferencias norte-sur; lo americano que marca la diferencia ubicándose como lo anterior a la llegada de los europeos en lo indígena y en la soldadura de dos continentes con el mundo africano. Estas complejidades no hacen posible una aproximación regional puramente lingüística, ni geográfica y sólo es viable en la búsqueda de cierta homogeneidad cultural, política, social, lingüística y religiosa.

Pese a las propuestas anteriores, la consolidación de las regiones desde la perspectiva lingüística es la más aceptada por los historiadores del siglo xx, donde la presencia de una lengua común

fortalece las relaciones regionales, donde ellas dependen de la concepción del área grande. Serán ejemplos las propuestas de Américo Castro en la que la unidad de lengua se asimila a la unidad de pensamiento, a partir de la existencia de diversas zonas lingüísticas, para proponer la historia de la cultura de las naciones cuyo idioma nacional es el español y el portugués, las repúblicas iberoamericanas (1971). Por su parte, Emiliano Diez-Echarri y José María Roca Frangosa plantean la necesidad de estudiar conjuntamente la literatura hispanoamericana y la peninsular con idéntico criterio y en un plano de igualdad absoluta determinado por la lengua, más aún, cuando señalan su unidad en el periodo anterior a la Independencia, donde la literatura americana es copia y prolongación de la peninsular (1982: viii). También está, nuevamente, como ejemplo, la propuesta histórica de Enrique Anderson Imbert, en la que la periodización prima por sobre todo interés. Allí recomienda no ignorar la «importancia de la masas de indios», la literatura que se escribió en América en español, excluyendo la que se hizo en otros idiomas e incluyendo la de extranjeros que escribieron en dicha lengua (1954: 8). Por último, basta con señalar la propuesta de Bella Jozef, en la que se señala la búsqueda de una yuxtaposición de elementos, que articula las variantes nacionales con la exigencia de abrir la posibilidad de un conocimiento más amplio de la realidad continental, al proponer enlaces con la literatura brasileña (1991). Esta actitud frente a la comunidad lingüística presenta varias dificultades en divisiones regionales como las de habla hispana, la presencia de Brasil, las lenguas indígenas, las creoles del Caribe, el «hispanish», etc., al igual que los casos del ingreso de literaturas en lenguas ajenas a las naciones receptoras, como ocurre en los Estados Unidos.

La preocupación por la unidad de la lengua se encuentra vinculada a la geografía, en la manera como se percibe el mapa de América, de Latinoamérica, de Indoamérica y de Hispanoamérica o, como ya se señalaba, en divisiones como norte, centro y sur. Es este criterio geográfico el que dirige, por ejemplo, la propuesta de Orlando Gómez Gil, en su *Historia crítica de la literatura hispanoamericana desde los orígenes hasta el momento actual*, quien señala

ciertos factores complementarios que permiten la existencia de la obra literaria. Siguiendo a Taine, presenta el medio geográfico, histórico, cultural y socioeconómico. Al geográfico le corresponde el concepto de Hispanoamérica, una región de la que describe sus montañas, grandes ríos, los lagos, las zonas climáticas, las ciudades y las regiones: América del Norte (México), América Central (Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Panamá), América del Sur (Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Argentina, Chile, Uruguay), y las Antillas en el mar Caribe (Cuba, República Dominicana y Puerto Rico). En el desarrollo de la historia se plantea exponer los rasgos comunes y diferenciales de cada región (1968).

Tanto el modelo geográfico como el lingüístico permitirán en la mayoría de las historias afinar los criterios de periodización y el ajuste de un corpus literario que sería interesante confrontar, por ejemplo, con los actuales debates en los que ingresa el concepto de territorio y de frontera. «La delimitación geográfica tiende a naturalizar la cultura y a las etnias y a fijar entidades o esencias supuestas, al convertir el espacio en receptáculo de contenidos más o menos estancos. La política presupone una correspondencia exacta entre ámbitos cuyos movimientos y temporalidades no son necesariamente coincidentes» (Perus, 1997: 36), al percibir como otra forma de organización la que se asume acorde con la geografía política en la sumatoria de naciones. Ya Pedro Henríquez Ureña, en su propósito de explicar las corrientes literarias de la América Hispana, había tenido que aclarar la intención de aceptar el concepto hispano para incluir la literatura producida en Brasil, señalando la diferencia de lenguas que pertenecen, sin embargo, a una misma familia cultural.

La experiencia de la historia de las literaturas centroamericanas sirve de ejemplo de las diversas búsquedas por integrar las propuestas lingüísticas y geográficas, ya no como paradigmas rígidos, sino como base para la configuración cultural. Dicha historia se enfrenta al problema de su consolidación en la pregunta por si tiene sentido hablar de literatura centroamericana o de literaturas centroamericanas, si representan una unidad o está

formada por la adición de literaturas nacionales. Los historiadores proponen pensar la región como la «identificación consciente, cultural, política sentimental que grandes grupos de personas desarrollan con el espacio regional» (Mackenbach, 2008: xii), lo que, a la vez, permite trabajar sin concepciones territoriales excluyentes y dependiendo de las diversas temporalidades, hacer uso de enfoques sociales, económicos y culturales que tengan en cuenta, por ejemplo, los efectos migratorios. Así, se asume el concepto pragmático y dinámico de Centroamérica/América Central como región cultural-lingüístico-literaria, referida a la geografía cultural y concebida en sus dimensiones de ístmo, para, a la vez, tener en cuenta, desde lo teórico-literario, las intersecciones y transformaciones entre espacio y literatura, privilegiando el estudio de los elementos y procesos de identidad y coherencia regional.

Pero, si bien están presentes de manera permanente las preocupaciones por lo geográfico y lo lingüístico, en su carácter histórico, la preocupación por la región, nuevamente puede verse sustentada en la periodización. No todas las concepciones de la historia plantean que esta es una relación inevitable, piénsese, por ejemplo, en el método propuesto por Juan José Arrom en el esquema generacional de las letras hispanoamericanas (1977). Aun así, puede plantearse que el concepto de región y sus implicaciones está tensionado con las divisiones administrativas que configuraban lo nacional, pero, a la vez, están establecidas por las divisiones virreinales y la común experiencia de la colonización española que han sido determinantes en las configuraciones colectivas y particulares de cada producción literaria.

Ana Pizarro ha señalado reiteradamente, como parte de la caracterización de lo latinoamericano, su unidad por el proceso de colonización e independencia, y la conformación de una estructura social y económica dependiente, y la apropiación específica de las élites metropolitanas. Así, el problema de lo regional participa del problema de la periodización. El asunto pendiente de la América anterior a la llegada de los españoles, la colonial y la independiente, hace presente la base colonial común, en la que, por ejemplo, Martínez prevé el problema de la propia delimitación de lo nacional que

surge al aprovechar las concentraciones y divisiones del periodo colonial, en el que eran ejes las capitales de los dos grandes virreinos y «caprichos» impuestos por razones políticas inmediatas. Surge así una América Latina cuyas divisiones son a menudo arbitrarías, históricas y geográficamente, lo que, a la vez, remite a la necesidad, como ya se señaló, de pensar en una movilidad en la concepción de dichas áreas (18). Aun así, esta unidad es relativa, tal como lo plantea Ángel Rama, al pensarse las posibilidades que generó el hecho de cómo en el amplio territorio americano se concretaron regiones menores que desarrollaron prácticas autónomas y endogámicas, dado que la dominación real del territorio y su sujeción a los centros administrativos se dio solo en la segunda mitad del siglo XIX (1982: 95).

Por otro lado, están los casos particulares en la producción literaria divergente que se hace presente en su unidad en momentos fundamentales de la historia en la consolidación de lo latinoamericano, como pueden ser los casos del modernismo y del Boom. Por ejemplo, los procesos llevados a cabo en el segundo periodo de modernización (1870-1910), presentados por Ángel Rama, en los que señala en el proceso de internacionalización la función de la representación de la región América Latina, por encima de la de los localismos, que había sido producida en la etapa anterior. Este asunto del modernismo es desarrollado por Rafael Gutiérrez Girardot en la doble articulación entre lo latinoamericano y lo europeo en su ubicación frente al problema de la universalización de la literatura (1983: 21)⁵. Refiriéndose particularmente al caso del Boom, Saúl Sosnowsky señala cómo la homogeneización puede conducir a conclusiones inmediatas que pueden ser erróneas si no se sigue un análisis de la diversidad regional. «Desde afuera, la visión homogeneizante de lo latinoamericano ejerce un claro mecanismo de apropiación que mina precisamente las variantes de sus zonas culturales y su complejidad histórica» (1996: xviii).

5 Sobre este asunto se detiene, particularmente, Juan Guillermo Gómez García en el ensayo «La imagen de América Latina en Rafael Gutiérrez Girardot» (2006: 226).

Dado lo anterior, el referente cultural común de la colonización permite repensar el problema de lo nacional. Es así como el carácter geográfico, el carácter de región como espacialidad, se puede desplazar a un referente histórico-cultural. El concepto de región y de área estará indisolublemente relacionado con el problema desarrollado en la conceptualización de los sistemas de regiones culturales, ya planteadas por Rama, y que en Gutiérrez Girardot fue presentado con énfasis en la fragmentación como uno de los problemas a los que se ve enfrentado el historiador en su necesidad de presentar lo latinoamericano como totalidad. Rama inicia la reflexión sobre el problema de las subregiones latinoamericanas, a partir de los desarrollos de la antropología cultural, que explica conceptos fundamentales para la percepción de lo regional, como la expansión horizontal de una subcultura que es complementada por criterios sociológicos y económicos que le agregan verticalidad al problema (1982: 60-61). Un ejemplo del manejo de las coordenadas horizontales y verticales para el análisis de la subcultura regional lo hace José María Arguedas en *Todas las sangres*. Pero, a la vez, se dan desplazamientos en la configuración de lo regional debido, por ejemplo, al carácter homogeneizador de la ciudad letrada y a hechos como la presencia de la casa grande y la senzala, descritas por Gilberto Freyre; de igual manera como históricamente se construyen las tensiones producidas por diferentes pulsiones modernizadoras que contribuyen a la unificación y la fragmentación regional. El ejemplo de Rulfo dará la posibilidad de mostrar «la presencia activa en una literatura, no sólo de asuntos sino de formas culturales específicas de una determinada región cultural americana y al mismo tiempo la tarea descubridora, inventiva y original del escritor situado en el conflicto modernizador» (Rama, 1982: 116).

Ante el afán de cancelar la propuesta de unidad, totalidad y homogeneidad, surge el concepto de totalidad contradictoria, desarrollado por Antonio Cornejo Polar (1987: 123), quien piensa la historia comparada de la literatura latinoamericana desde la revisión de los planteamientos tradicionales, de la cual señala, fundamentalmente, la necesidad de evitar la casualidad entre la existencia

de lo latinoamericano como algo previamente establecido y homogéneo, previo a la existencia de la literatura que le corresponde, de rechazar la literatura como más o menos aleatoria a la realidad y de situarla dentro de la historia social de América Latina como parte constitutiva de ella. «La organicidad de una literatura depende más de la crítica que de la propia literatura» (124), en la reflexión que propone su mismo objeto. Cornejo parte de la primera evidencia de que en América Latina y en sus regiones se producen varias literaturas, gracias a lo cual se pueden trazar diversas articulaciones procesales y contrastivas que organizan el vasto campo de la literatura latinoamericana. Al disolver el concepto de unidad, podría plantearse que la literatura se ubica en un espacio neutro en el que se reinstalan las literaturas subordinadas, al igual que las dominantes, lo que exige hablar de pluralidad de literaturas latinoamericanas. Aun así, el concepto no es satisfactorio si no se le articula en su dimensión histórica, la que permite que, frente a la categoría de unidad y pluralidad, se piense que:

A esta tercera categoría podría denominársele totalidad contradictoria. Proviene básicamente de la historización de la pluralidad, esto es de la inmersión de las varias literaturas que se producen en América Latina dentro del proceso histórico de nuestra sociedad y del examen de los conflictos concretos que las separan y unen como factores de una totalidad también concreta e histórica. Paradójicamente es la índole contradictoria del vínculo la mejor garantía de la solidez de la estructura resultante: a fin de cuentas sólo la contradicción otorga necesidad de la acción y existencia de los términos que la componen. (Cornejo Polar, 1987: 128)

Cabe, entonces, relacionar el concepto de Cornejo con el desarrollado por Alejandro Losada (1986), al plantear como propósito de una historia social de la literatura, pensando como literatura no las obras particulares, sino el proceso literario de una sociedad. América Latina es un espacio social contradictorio en el que ya no es pertinente el concepto de totalidad, sino que, a partir de estudios de casos particulares, se ha configurado como objeto de investigación unidades sub-regionales en las que se «puedan iden-

tificar procesos sociales y literarios empíricamente verificables», no en su totalidad, sino a partir de unas evidencias que permitan entender las contradicciones que definen el espacio social latinoamericano. Losada propone cinco regiones: Brasil, México, Gran Caribe (Antillas francesas, inglesas y Centroamérica), Río de la plata y sociedades andinas. Las evidencias propuestas son: el espacio formativo, el proceso de desarrollo y una tercera, como combinación y evaluación de las anteriores, en la que se configura una red institucional o un espacio ausente⁶.

En esta vía, Antonio Cornejo Polar, en el concepto de totalidad contradictoria, permite formas de pensar el orden cultural total y, a la vez, heterogéneo, pero sin desconocer la injerencia de los desarrollos históricos nacionales individuales. Así se dará el reconocimiento de lo nacional, de lo regional y de lo latinoamericano como diversos niveles de articulación que, desde su carácter también orgánico, se instauran, igualmente, mediante un tramado de contradicciones⁷.

6 «El estudio científico debe concretar todavía más su campo de observación, elaborando objetos literarios y procesos sociales que tienen una unidad subregional empíricamente verificable. Son los casos de Buenos Aires, México y el Brasil; en otros casos, cuando no se puede verificar empíricamente la unidad del proceso social y literario, hay que operar con mayores niveles de abstracción y construir la unidad del objeto trascendiendo los límites de las sociedades o los estados nacionales (Antillas españolas, Espacio Caribe, Centroamérica, Espacio Andino)» (Losada, 1986: 28).

7 Como continuidad a las propuestas de Cornejo, se asumirán rutas de trabajo hacia las cartografías y mapas culturales como respuesta a las carencias que se señalan a las historias nacionales, relación que será desarrollada en otra oportunidad (De Mojica, 2001). Las cartografías culturales se consolidan como otra propuesta en debate sobre las formas de los mapas culturales de América Latina. Sarah de Mojica ha seleccionado y puesto en tensión las propuestas concretas de las culturas híbridas, de García Canclini, la no simultaneidad, de Carlos Rincón, y la modernidad periférica, de Beatriz Sarlo. Aquí pensar la literatura hace parte de pensar la cultura como escenario actual. «La idea de analizar la cultura como escenario de actuaciones inscribe otro espacio teórico crítico que funcionará a partir de otras zonas de contacto, que a la vez sugieren una operación cercana de la lectura de mapas como textos».

Lo comparado, las regiones

Es sabido que hacer mapas, dividir en regiones, siempre comporta alguna opción y su relación con la realidad es meramente arbitraria. Los espacios no son tan determinados, así como las periodizaciones no son fijas. La búsqueda por disolver los límites nacionales en la consolidación de unas regiones internas, que den cuenta de la propia singularidad de lo latinoamericano, vinculan la preocupación frente a la diversidad y la unidad, lo heterogéneo, con la necesidad de encontrar los factores de contradicción y totalidad, en regiones que se busca poner en situación unas con otras.

Si bien Luis Alberto Sánchez elaboró la *Historia comparada de las literaturas americanas* en Buenos Aires en 1973 y el título de la obra remite a la comparación, esta se da bajo el propósito de sustituir la enumeración excesiva de obras y autores, realizada por sus antecesores, para presentar «dioses mayores» e introducir paralelos entre ellos, y dar a cada autor el relieve que le corresponde. En el mismo año Jean Franco había propuesto lo mismo en una obra de consulta, donde señala la necesidad de estudiar la literatura hispanoamericana dentro del conjunto de las demás culturas del «tercer mundo» (1973: 11). La perspectiva de historia comparada no era nueva, Alfonso Reyes ya había previsto la necesidad de la formulación de un proyecto teórico-metodológico que señalara los límites y las relaciones entre la historia y la literatura comparada, y cómo esta última:

de reciente desarrollo completa provechosamente el método histórico, devolviendo a las corrientes literarias su vasta y constante circulación por encima de épocas, naciones y lenguas. (Sánchez, 1973: 241)⁸

8 Lo que importa es tomar de la ciencia su espíritu, su actitud mental, pero con otra técnica propia. Lo que importa es trasladar al conocimiento literario la probidad, la precisión, la sumisión al hecho, el escrupulo de comprobación. Así dispuestos, podremos ya: 1) comparar para distinguir lo individual de lo colectivo, lo original de lo tradicional; 2) agrupar las obras según géneros, escuelas y movimientos, y 3) relacionar estos conjuntos con el conjunto de la vida social y cultural de un país y, finalmente, de una civilización. Es obvio que la operación del método histórico para en la definición de la Historia Literaria, en su concepto más ancho y comprensivo: Literatura Universal, Literatura Mundial,

La historia comparada de la literatura en su preocupación regional asumirá una distancia con lo que se entiende teóricamente por literatura comparada o estudios comparativos, aunque probablemente ambas propuestas surgen de la distancia frente a lo nacional. Además, no es posible desconocer la existencia de un comparatismo fiel a las circunstancias históricas y ajenas a las fronteras, aunque siempre está presente la necesidad de trabajar los problemas de las relaciones del intercambio literario en el estudio de la nación desde el ámbito multinacional, multilingüe y multicultural (Romero, 2006: 23).

Así lo realizó Alejandro Losada (1978), y lo presento aquí tan sólo como un ejemplo inicial, al señalar el enfoque regional como la base de un proyecto comparatista que puede mostrar el diferente desarrollo diacrónico y las asimetrías entre diversas regiones, como ocurre en el caso del Perú y del Río de la Plata durante el siglo XIX. La investigación histórica se da a partir de tres supuestos: uno, la particularidad de la literatura hispanoamericana en relación con la europea; dos, que dicha especificidad tiene su origen en fenómenos histórico-sociales globales que han de ser determinados por la investigación, y, tres, una concepción particular acerca de la naturaleza histórico-social del fenómeno literario en América Latina y la formulación del nuevo paradigma estético-cultural que la sustenta. Así, a Losada le interesa, en la posibilidad de elaborar una historia social de la literatura, el proceso de historización de una época determinada, en la aparición, constitución y desarrollo de las literaturas «nacionales», para dar cuenta del proceso genético que explica la aparición de nuevos conjuntos literarios. Estudia dos conjuntos particulares, el del Río de la Plata y el del Perú, lo que le permite «diferenciar dos tipos de literatura radicalmente diferentes que se desarrollan sincrónicamente en diversos polos de la región, desapareciendo y reformulándose en distintos lugares a lo largo del siglo; y al mismo tiempo, mostrar en qué reside la especificidad de esas literaturas, ya que se diferencian cualitativamente de

Literaturas Nacionales, Ciclos Literarios (genéricos, temáticos, geográficos, cronológicos, etc.).

las producidas durante el mismo periodo en los países industriales» (Losada, 1978: 13).

La opción por una perspectiva de historia comparada remite de alguna manera a la preocupación, ya expresada por Fernández Retamar, entre otros, sobre la escritura de la teoría literaria desde Hispanoamérica y su diferencia con las teorías de la literatura europea, debido a que regularmente tienden a ser teorías generales de la literatura, dado que el propio concepto de teoría tiende a la universalidad (1995: 77).

La elaboración de una historia de la literatura latinoamericana desde un enfoque comparativo en una perspectiva internacional fue el proyecto ambicioso que el grupo coordinado por Ana Pizarro emprendió durante la década de los ochenta. Dicho grupo, conformado por historiadores y críticos de varias regiones, se planteó en un par de seminarios, como señalaba la coordinadora, superar las limitaciones de la opinión individual para lograr el criterio de una labor colectiva⁹. En reiteradas ocasiones, con un énfasis particular en la propuesta de Antonio Cándido, se señala que el proyecto surge de un deseo político o ideológico de unidad, desde el carácter de un latinoamericano político que encuentra en la historia, enunciada, no desde el comparatismo clásico, sino desde América, una propuesta de unidad a partir del reconocimiento de la diversidad. «Es decir una voluntad política que apunta a buscar una coherencia, a buscar una unidad orgánica de similitudes y contradicciones en el discurso literario que finalmente nos entregaría esa imagen de América Latina que queremos aprehender conceptualmente, es decir una voluntad política, una función política que es esencialmente comparativa» (Pizarro, 1982: 182) que debe transformarse en una voluntad teórica y metodológica. Aunque el proyecto no se llevó a cabo, las propuestas preliminares se dirigieron a proponer dichos problemas teóricos y metodológicos a los que conducía pensar la historia comparada de la literatura latinoamericana. La preo-

⁹ En dos publicaciones se compilaron las memorias de los seminarios.

Aunque allí se presentaron las discusiones completas, es indispensable en este texto presentar algunos argumentos centrales de discusión, sobre todo, en lo que atañe a la perspectiva comparada. (Pizarro, 1982; 1985).

pación por el carácter de lo latinoamericano, como criterio en la selección del objeto, se constituirá en objeto central de la evaluación hecha por Cornejo de las propuestas historiográficas y teóricas que devienen de los años setenta. Señala, como aporte al proyecto, que el problema de la construcción de dicho objeto teóricamente deberá ubicarse frente a los problemas de la heterogeneidad, lo múltiple, lo plural, lo híbrido y lo transcultural, en «una opción inculcablemente política de quienes (o quienes no) formamos parte de nuestra América» (Cornejo Polar, 1999: 11).

Creo necesario señalar, más que los resultados y acuerdos, algunos de los elementos de discusión sobre el carácter de lo comparado y su relación con la perspectiva regional, dejando de lado problemas concomitantes como la relación historia y literatura (por ejemplo, el carácter operativo de la periodización), y los desarrollos historiográficos que también fueron abordados en los seminarios. Pizarro indica inicialmente que la concepción de la literatura latinoamericana ha estado ligada a la delimitación conceptual de lo latinoamericano y a la manera como ha ido integrando unidades geográficas y culturales en la preocupación por asuntos, por ejemplo, si debe integrar la de los pueblos indígenas, la del viajero, la del conquistador, la publicada fuera y en otras lenguas, la de los chicanos. Pero, a la vez, y considerado como un hecho fundacional de la historia, debe aceptarse que la unidad está dada por una experiencia histórica dependiente compartida lo que genera condiciones específicas de evolución cultural y literaria:

Es, pues, este sustrato económico-social, histórico, común, el que genera espacios culturales que —aunque posibles de regionalizar también— constituyen asimismo un campo común al condicionar tal vez no las mismas respuestas, pero sí cuestionamientos similares en el discurso literario. De acuerdo con la discusión que presentamos a lo largo del presente texto, lo que delimita el área comprensiva de una literatura latinoamericana es la existencia de significaciones culturales comunes. (Pizarro, 1987: 11)

Esto conlleva una de las preocupaciones mayores de la definición del campo de trabajo: si es a partir de la perspectiva comparatista

que se define la región o a la inversa, si es a partir de la definición de un área cultural e histórica que se define la perspectiva comparatista. Esto implica pensar las relaciones entre las literaturas nacionales y la literatura continental, como una unidad orgánica de relaciones, como una zona literaria con la necesidad de pensar en regiones intermedias, como la del mundo andino, lo que recuerda la propuesta de José Miguel Oviedo. A partir de esta delimitación, se propone pensar el problema de la comparación, reflexionando sobre su propia concepción que implica partir, más que de las preguntas históricas, del fenómeno literario.

Por una parte, la pluralidad cultural de América Latina, por otra, la pluralidad lingüística, la multiplicidad de países, así como la especial inserción que tiene su literatura, en tanto que producción de un continente de estructura económica y social dependiente de las áreas metropolitanas y su inserción con las demás literaturas en general, exigen que nuestra percepción del continente como totalidad, es decir, en los diversos niveles de sus contradicciones y sus convergencias, sea vista en una perspectiva comparativa (Pizarro, 1987: 14).

Dicha perspectiva surge al concebir la historia continental como una totalidad orgánica de nacionalidades o regiones, y como la articulación de sistemas diferenciados en donde las literaturas nacionales no desaparecen en una perspectiva unificadora. A la vez, expresa la necesidad de reformular las relaciones con las literaturas metropolitanas en su carácter contrastivo, necesario también en casos como la articulación de las literaturas brasileña e hispanoamericana o del Caribe con la América hispana continental. De allí se desprende la complicación metodológica en la definición del objeto que implican las relaciones con las literaturas en Francés de Quebec y las literaturas del Caribe, al igual que del inglés de Jamaica y la literatura de Estados Unidos, donde no aparecería una relación cultural lograda, al menos, explícitamente, lo que, sin duda, contribuye a pensar el problema del objeto comparativo en el que se puede evidenciar, por ejemplo, la diferenciación efectiva de la literatura, frente al proceso hegemónico europeo. Se presenta, entonces, la tensión entre la concepción del enfoque lingüístico inmanetista de la literatura, en la que se percibe la comparación

de literaturas escritas en lenguas diferentes, planteada en la literatura comparada y que genera una discusión frente al carácter propio de las expresiones diglósicas y de la oralidad. El problema geográfico se incluye así en problemas como la existencia de un mundo indoamericano y uno afroamericano, presencia de Brasil y la conciencia de una América Latina que no excluya el Caribe hispanohablante.

De esta manera la historia comparada se ubica frente a problemas ya señalados en la percepción de lo regional —en la preocupación por dar cuenta de la unidad y la diversidad, a la vez que de la multiplicidad y la heterogeneidad—, la que integra el problema general de las literaturas marginadas (literatura femenina, literaturas populares) de la producción literaria de la región, lo que, a su vez, conduce a pensar el problema de las prácticas ideológicas y de la institucionalización de ciertos textos.

La perspectiva comparativa permite, entonces, proponer varios modelos como el de Mario Valdés sobre los círculos concéntricos (el interior del texto, el central de la historia en su diacronía y su sincronía, el exterior, el comparativo), que se plantea en una encrucijada entre la crítica literaria y el estudio comparativo¹⁰. Valdés reelizará su proyecto posteriormente, ya no ubicado en una historia de la literatura, sino en lo que desde el título se denomina una historia de las culturas literarias, que se apoya en la tradición de Pedro Henríquez Ureña y se inscribe de manera explícita en una historia comparada, como propuesta de una crítica cultural latinoamericana, y asume retomar el propósito de la comparación de procesos sociales y sus expresiones culturales (Valdés y Kadir, 2004). En una obra

¹⁰ El modelo de los círculos concéntricos permite el estudio de un primer círculo interior correspondiente al fenómeno del texto literario (dialéctica entre expresión y experiencia); un segundo círculo más amplio, correspondiente a la dialéctica de los factores diacrónico y sincrónico de la historia literaria hispanoamericana, y un tercer círculo exterior, el encuentro comparativo dentro del cual las bases semióticas de los textos producidos dentro de una cultura se trasplantan al terreno de la literatura hispanoamericana (proceso transnacional y transcultural de la literatura) (Valdés, 1987: 33).

desigual, por su amplitud y carácter colectivo, se desarrollaran propuestas sobre la ampliación de los parámetros de lo que se concibe como cultura literaria, con trabajos particulares que, a pesar de la intensidad de la obra, no logran romper las fronteras de lo nacional y asumen algunos de los paradigmas ya señalados en la configuración regional, como es el caso del problema de la lengua, el que se acepta desde su diversidad regional interna.

Al respecto, Antonio Cornejo señala el riesgo que implica realizar una separación muy tajante entre literatura e historia, volviendo a la reducción anterior de texto y contexto, la discusión sobre el carácter determinante de la lengua y el problema que implica el estudio de las literaturas indígenas. Ana Pizarro ubica el problema de establecer una separación radical entre lo que son las literaturas en lenguas metropolitanas y las literaturas en lenguas nativas, lo que, a la vez, presenta un problema de discusión metodológica sobre la necesidad de crear nuevas herramientas de análisis, distintas de las que ha desarrollado la historiografía. Cornejo Polar y Antonio Cándido insistirán en la necesidad de reconocer la consciencia que se tiene de este problema, aunque no sea posible tener claridad sobre las perspectivas prácticas de desarrollo sobre ellas, lo que remite a trabajar sobre sectores de la literatura latinoamericana y, a la vez, pensar en la manera de no partir de un patrón de exclusiones. Por último, como otra de las prevenciones que, quizá, podrían tenerse en cuenta para trabajos futuros, Ángel Rama señaló, al respecto, como uno de los problemas más difíciles de superar para la elaboración de una historia comparada de la literatura, la necesidad de contar con equipos intelectuales suficientemente desarrollados en los estudios comparativos, que pudieran dar solución a las relaciones entre las literaturas en lenguas españolas y portuguesas y que pudieran superar la imagen engañosa de unidad al interior de las regiones (1985: 86).

Antonio Cándido plantea cómo la existencia de una América española y una América portuguesa significa un problema objetivo gravísimo para el proyecto de una historia comparada de la literatura, de la misma manera que es un problema que exista un componente europeo mayor o un componente indígena mayor, un componente africano mayor, «y este es un problema que no debe

ser visto desde enfoques ideológicos eventuales, sino a través de las consecuencias literarias posibles» (Pizarro, 1982: 71). Cándido remite esta situación a la relación dialéctica contrastiva con las metrópolis y, evitando los rápidos juicios de valor, va a plantear la necesidad de un comparatismo contrastivo. Lo que, a la vez, permitiría pensar, como propuesta, el estudio, por ejemplo, de la función histórica de la literatura, en el caso de la formación de la nación. Así, la exigencia de un comparatismo contrastivo se da por la pluralidad de unidades culturales, las diferenciaciones culturales y lingüísticas, y nuevamente por el rasgo común de un continente con una estructura económica y política dependiente, lo que genera la apropiación particular de las literaturas metropolitanas. Por esta vía, Ana Pizarro propondrá la necesidad de delimitar el campo en la relación de América Latina con Europa Occidental, la relación entre literaturas nacionales en el interior de América Latina y la caracterización de la heterogeneidad de las literaturas nacionales en el ámbito continental (Pizarro, 1985: 50).

En esta perspectiva de historia comparada y su relación con las propuestas regionales, como se ha visto, no deja de ser problemática la relación con lo nacional. Sobre este problema vuelve Rafael Gutiérrez Girardot, quien señala la necesidad de comparar los fenómenos nacionales con fenómenos contemporáneos de otras literaturas que han sido abandonadas por el exceso nacionalista, y el desarrollo de conceptos como el de las influencias, las generaciones y la ordenación del material según criterios geográficos y lingüísticos (1987: 89). Propone, entonces, entender la literatura latinoamericana como totalidad en el contexto europeo (hasta descubrir lo autóctono indígena en ella) y que en su análisis prime la contemporaneidad y no la nacionalidad de los autores, la simultaneidad de los géneros y las obras que hacen parte de la vida literaria, entendida sociológicamente, revisando el concepto de alta o gran literatura. No otro camino le queda entonces a la historia social de la literatura que la comparación, entendida como la necesidad de ingresar a la comparación de las sociedades, suprimiendo así las deficiencias que en el énfasis sobre las literaturas nacionales habían producido las historias tradicionales nacionales y las historias de corte marxista,

preocupadas por el fenómeno de la uniformidad. En dicha comparación, más que pensar en establecer un marco socio-cultural, para obtener conciencia del problema, se debe ir directamente sobre el material para trabajar a partir de una hipótesis, de las preguntas que surgen de los textos y a las cuales puede darse respuesta.

Así, nuevamente lo comparativo se relaciona con el concepto de totalidad contradictoria de Cornejo, donde plantea la historia como eje de reflexión sobre la literatura latinoamericana, sus literaturas regionales y nacionales, suprimiendo su carácter esencialista, referido al concepto de identidad, y buscando que esta concepción adquiera una constante movilidad y capacidad de relación, como procesos históricos abiertos que permiten diversas formas de articulación entre sí. La historia propone identificar sistemas literarios que son parte de la heterogeneidad de América Latina, producidos dentro de un proceso histórico común. Es atributo del pensamiento crítico, en este caso desde la propuesta de una historia de la literatura, fijar los límites de esa totalidad, que pueden ser los de una nación, una región o América Latina, «estableciendo en cada caso la red de contradicciones concretas que definen ese objeto y el modo como se transforman históricamente» (Cornejo Polar, 1987: 132).

Las propuestas anteriores aportan a la percepción de una historia social de la literatura latinoamericana, generando conocimiento sobre los modos de funcionamiento de los sistemas literarios como proceso. Como ya se había señalado, la alternativa de nuevos estudios comparativos abre a diversas opciones, particularmente, no referidas a la literatura comparada, sino a la comparación de las sociedades. Así, es pertinente la propuesta de Rafael Gutiérrez Girardot en su búsqueda por indagar sobre la función de la literatura en preguntas como: ¿qué era lo que se leía y lo que se entendía por literatura? No se trata de establecer un marco sociocultural, sino una hipótesis que surge de «la conciencia del problema», partir de las exigencias de los textos donde están parte de las respuestas a las preguntas. Lo anterior permitiría la construcción de un objeto, desde un marco histórico social, y soluciona así el problema de la periodización preestablecida, al proponer lapsos más accesibles desde lo material, no a partir de una definición de literatura, sino

a partir de un hecho pragmático desde el punto de vista material. En perspectivas diferentes, el asunto del énfasis en la preocupación por el lector por parte de la historia de la literatura latinoamericana permite abrir preguntas sobre las relaciones entre sociedad-literatura-lectura como formas de mediación del público lector y de las instituciones sociales (Gutiérrez Girardot, 1988).

Desde una perspectiva distinta, en lo que podría denominarse una independencia de lo geográfico y lo lingüístico, la unidad y la diversidad son repensadas desde el problema de la lectura que, si bien fue concebida desde la unidad por Henríquez Ureña: «la invitación iba también dirigida a los lectores latinoamericanos, para que fueran lectores idealmente latinoamericanos» (Gutiérrez Girardot, 1978: xi)¹¹, permite, a la vez, otra forma de reagrupar las regiones. Susana Zanetti formula el interrogante sobre si

sostenemos que ese tramado ha concretado no sólo áreas culturales de bastante clara definición (Rioplatense, Andina, Caribe etc.) que rebasan las fronteras nacionales y contribuyen a diseñar «otro mapa» continental, sino que también ha producido interrelaciones y modos de religación de aspectos culturales entre áreas distantes geográficamente una de otra (procesos de transculturación etc., similares) que tienden a generar cierta homogeneidad o, por lo menos, a otorgar a las diversidades culturales latinoamericanas un sello particular y propio, reconocible y aprehensible más allá del consenso. (Zanetti, 2004)

Por ejemplo, en la relación propuesta entre producción y lectura, aparece aquí el problema de las traducciones y de los desplazamientos lectores. El caso de las literaturas indígenas y el del modernismo sirven de ejemplo (Rubén Darío en Argentina y en el continente, como reflejos e interacciones, migraciones y exilios. Saúl Sosnowski señala que el proyecto de Zanetti podría dar cuenta del problema de «la asincronizada recepción de la producción cultural» (1996: liv), la relación público lector como marca de la inscripción de la literatura en la historia que, a la vez, problematiza la concepción

11 En el Prólogo del libro *La Utopía de América* de Pedro Henríquez Ureña.

del desarrollo lineal de la historia literaria latinoamericana, lo que vincularía su estudio al problema de la periodización que, a la vez, permite proyectar desde otra perspectiva la tradicional concepción de las asincronías regionales, desde la visión del atraso o de las relaciones que se establecen con los procesos de modernización.

Como trabajo fundamental para el desarrollo de la perspectiva comparada de la historia, está la necesidad, señalada por Carlos Rincón de realizar un trabajo de historiografía comparada que haga posible llevar a cabo el seguimiento del cambio en la noción de literatura desde la historia (1986: 7-19). Propone la necesidad de estudiar la conciencia histórica y su articulación en los diversos proyectos de América Latina y el Caribe, y la manera como esto remite directa o indirectamente a las condiciones históricas de sus sociedades.

En un breve artículo, Eduardo Coutinho señala cómo las nuevas formas de mirar la historia desde la ruptura con la linealidad temporal y la ampliación del concepto de la literariedad provocan un afianzamiento de la perspectiva comparada, en el que «dos instancias temporales y espaciales distintas son puestas en confronte y es en la dialéctica establecida entre estas dos instancias de producción y recepción de los textos, que se teje el discurso de la historiografía literaria, no más como un relato supuestamente objetivo de los hechos, sino como historia, ficción» (2003: 43-50).

Quizás, conceptos como el de totalidad contradictoria y comparación contrastiva contribuyen desde la perspectiva historiográfica a vincular la perspectiva de las áreas culturales y permite replantear la linealidad (progreso y evolucionismo) como criterios de consolidación del discurso histórico. Igualmente, pensar en regiones y zonas que no están preestablecidas, sino que se asumen desde una perspectiva teórica o metodológica, genera ruptura con el concepto de su carácter geográfico y lingüístico, y se articula con una lectura histórico-social (cultural) que permite identificar las asincronías de los procesos literarios.

Hacer referencia a la importancia de recuperar y estudiar el papel de la crítica y su relación con la historia de la literatura, como señala Rincón, el problema de la sincronía histórica y la sincronía crítica es, quizá, uno de los caminos a seguir; de igual manera,

como Oviedo señala a partir de la crítica, comprender la función activa de la historia en el presente. La escritura de la historia y de la crítica son inseparables, no sólo con los desarrollos de las teorías, sino, más aún, con las propuestas de la literatura y, a la vez, sus desarrollos son inseparables de los sucesos políticos y sociales.

A partir de la anterior lectura historiográfica, en la que se vincula la noción de región y su posibilidad teórico-metodológica con la historia comparada de la literatura, queda, entonces, por plantear el problema de cómo se lee el lugar de enunciación desde los espacios de globalización —de lo local frente a lo global—, en el que vuelve a hacerse pertinente pensar el problema de lo nacional, cuando se ha dado, quizá, una necesidad de crear nuevos modelos de lo nacional, exigidos por la globalización y la mirada desde la desterritorialización, dada por las migraciones tanto internas como externas, los desplazamientos y las diásporas, lo que permite nuevamente pensar la historia nacional desde la interculturalidad, lo multinacional y lo multilingüe¹².

Para terminar esta reflexión historiográfica, considero necesario remitirme a la pregunta que se formula Beatriz Sarlo frente a los discursos sobre la literatura y la cultura: ¿qué vuelve a un discurso socialmente significativo?, ¿qué vale nuestro discurso y nuestra práctica en las sociedades contemporáneas? (Sarlo, 2001: 220), para agregar a esto, ¿hacia qué público van dirigidos los interrogantes históricos y los discursos de la historia? Si bien, entre 1940 y 1970, la unidad de América Latina se consolidó como figura del pensamiento social, quizá, también sea interesante pensar hasta qué momento América Latina o cualquiera de sus regiones existió como realidad histórica e historiable, o si es apropiado plantearse el ocaso de esa voluntad ideológica de integración que puede también ser objeto de la historia (Gorelik, 2008: 123). Lo anterior conduce, a la vez, a pensar la historia desde la identificación cultural o política de una colectividad con una región y las diversas formas como en la actualidad se reflexiona sobre

¹² Esta propuesta es desarrollada como propuesta teórico-metodológica en el trabajo coordinado por Dolores Romero López, (Grupo de investigación Leethi) (2006).

el problema del integracionismo en América Latina y como se dan los procesos de lo literario en esta actualidad.

Quedan aquí expuestas algunas de las tensiones a que conduce pensar una historia de la literatura latinoamericana frente a los problemas que evidencia la reflexión sobre la necesidad de la construcción de la historia de un área mayor, al menos, más amplia, frente a los problemas que siguen estando presentes en las relaciones que establece con las literaturas nacionales. A partir de la relación anterior, los dilemas historiográficos que se han señalado como centrales para la elaboración de una historia de la literatura latinoamericana, se consolidan como parte indudable de problemas de la conciencia histórica, y de qué manera estos afectan y alimentan pensar la historia de la literatura donde el historiador se preocupe teórica y metodológicamente por el problema centrado en la temporalidad de la literatura.

Bibliografía

- Acosta Peñaloza, C. E. et ál. (2007). *Leer la historia: caminos a la historia de la literatura colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Anderson Imbert, E. (1954). *Historia de la literatura hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arrom, J. J. (1977). *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Castro, A. (1971). *Iberoamérica: su historia y su cultura*. New York: Holt.
- Cornejo Polar, A. (1987). «Literatura nacional, regional, latinoamericana». En Ana Pizarro (ed.), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: Colegio de México-Universidad Simón Bolívar.
- Cornejo Polar, A. (1999). «Para una teoría literaria hispanoamericana a veinte años de un debate decisivo» [versión electrónica]. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 25, 50, 9-12. Consultado el 3 de septiembre de 2008 en www.bases.unal.edu.co:2065/stable/pdfplus/4531050.pdf

- Coutinho, E. F. (2003). «Hacia una nueva historiografía literaria en América Latina». *Revista Poligramas*, 19, 43-50.
- Coutinho, E. F. (2003). *Literatura comparada en América Latina*. Ensayos. Cali: Universidad del Valle.
- D'Allemand, P. (2003). «Rediseñando fronteras culturales: mapas alternativos para la historiografía literaria latinoamericana». *Literatura: Teoría, Historia, Crítica*, 5, 79-104. Bogotá: Departamento de Literatura, Universidad Nacional de Colombia.
- De Mojica, Sarah. (comp.). (2001). *Mapas culturales para América Latina. Culturas híbridas —no simultaneidad-modernidad periférica—*. Bogotá: Ceja.
- Díez-Echarri, E. y Roca Franquesa, J. M. (1960). *Historia de la literatura española e hispanoamericana* (vol. 8). Madrid: Aguilar.
- Fernández Moreno, C. (coord.). (1972). *América latina en su literatura*. México: Siglo XXI-Unesco.
- Fernández Retamar, R. (1995). *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Franco, J. (1973). *Historia de la literatura hispanoamericana. A partir de la independencia*. Barcelona: Ariel.
- Gómez García, J. G. (2006). «La imagen de América Latina en Rafael Gutiérrez Girardot». En *Colombia es una cosa impenetrable*. Bogotá: Diente de León.
- Gómez Gil, O. (1968). *Historia crítica de la literatura hispanoamericana desde los orígenes hasta el momento actual*. New York: Holt.
- Gorelik, A. (2008). «El comparatismo como problema. Una introducción». *Revista Prisma*, 8.
- Gutiérrez Girardot, R. (1987). «La historiografía literaria latinoamericana en Pizarro». En Ana Pizarro (coord.), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: Colegio de México-Universidad Simón Bolívar.
- Gutiérrez Girardot, R. (1983). *Modernismo*. Barcelona: Montesinos.
- Gutiérrez Girardot, R. (1978). «Prólogo». En Pedro Henríquez Ureña, *La Utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Gutiérrez Girardot, R. (1989). *Temas y problemas de una historia de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Cave Canem.
- Josef, B. (1991). *Historia de la literatura hispanoamericana*. México: Edug.

- Losada, A. (1986). «La historia social de la literatura latinoamericana» [versión electrónica]. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, Modernidad y literatura en América Latina*, 24, 21-29. Consultado el 15 de septiembre de 2008 en www.bases.unal.edu.co:2065/stable/pdfplus/4530270.pdf
- Losada, A. (1978). *La literatura en la sociedad de América Latina. Perú y el Río de la Plata 1837-1880*. Frankfurt: Klaus Dieter Vervuert.
- Mackenbach, W. (editor). (2008). *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas*. Guatemala: F&G.
- Martínez, J. L. (1979). *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana, seguida de la emancipación literaria de Hispanoamérica*. México: Cuadernos de Joaquín Mórtilz.
- Martínez, J. L. (1972). «Unidad y diversidad». En César Fernández Moreno (coord.), *América latina en su literatura*. México: Unesco-Siglo XXI.
- Oviedo, J. M. (1995). *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Alianza.
- Perus, F. (1997). «En torno al regionalismo literario: Escribir, leer e historiografías desde las regiones». *Literatura: Teoría, Historia, Crítica*, 1, Bogotá: Departamento de Literatura, Universidad Nacional de Colombia.
- Pizarro, A. (1982). *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: Colegio de México-Universidad Simón Bolívar.
- Pizarro, A. (1985). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Editor de América Latina.
- Rama, Á. (1985). «Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración». En Ana Pizarro (coord.), *La literatura Latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Editor de América Latina.
- Rama, Á. (1991). *La narrativa de Gabriel García Márquez. Edificación de un arte nacional y popular. Cuadernos de Gaceta*, 1, Bogotá: Colcultura.
- Rama, Á. (1982). *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Reyes, A. (1955). *La experiencia literaria — Tres puntos de exegética literaria — Páginas adicionales —*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rincón, C. (1986). «Historia de la historiografía y de la crítica literaria latinoamericana» [versión electrónica]. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, Modernidad y literatura en América Latina*, 24, 7-19. Consultado el 15 de septiembre de 2008 en www.bases.unal.edu.co:2065/stable/pdfplus/4530269.pdf
- Romero López, D. (2006). *Naciones Literarias*. Madrid: Anthropos/Barcelona: Rubi.
- Sánchez, L. A. (1973). *Historia comparada de las literaturas americanas*. Buenos Aires: Losada.
- Sarlo, B. (2001). «Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa». En Sarah de Mojica (comp.), *Mapas culturales para América Latina. Culturas híbridas —no simultaneidad-modernidad periférica—*. Bogotá: Ceja.
- Silva, R. (2007). *A la sombra de Clío. Diez ensayos sobre historia e historiografía*. Medellín: La Carreta.
- Sosnowski, S. (1996). *Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios, invenciones y revisiones*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Valdés, M. (1987). *Hacia una historia de la literatura hispanoamericana: la perspectiva comparatista*. En Ana Pizarro (coord.), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: Colegio de México-Universidad Simón Bolívar.
- Valdéz, J. M. y Kadir, D. (eds.). (2004). *Literary Cultures of Latin America. A comparative History* (3 vols.). New York: Oxford University Press.
- Valenzuela Arce, J. M. (2008). «Desplazamientos y fronteras: representaciones fronterizas y nuevos desafíos para América Latina». En Mabel Moraña (ed.), *Cultura y cambio social en América Latina*. Madrid: Washington University Saint Louis/Vervuert/Iberoamericana.
- Zanetti, S. (2004). *Leer en América Latina*. Mérida, Venezuela: El Otro el mismo.